



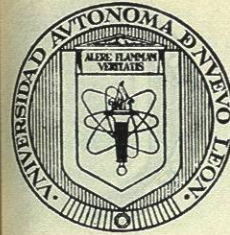
miento de los servicios médicos, en la investigación, se
revela invariablemente su gran talento, su voluntad in-
quebrantable, su capacidad inigualable de organizador y
su entrega absoluta al logro, en grado de excelencia,
de las metas propuestas, sin que lo hayan detenido ni
los vavines adversos de las circunstancias, ni los dolo-
rosos golpes que son propios del existir.

Maestro Sepúlveda: Usted ocupa ya un lugar distinguido
en la Medicina Mexicana, lo vemos al lado de Miguel Jimé-
nez, de José Terrés y de Ignacio Chávez, y así lo sabrán
reconocer y estimar las generaciones futuras.

Permítaseme suponer que en esta aula, en esta Solemne ce-
remonia, además de las autoridades universitarias, está
presidiendo Gonzalitos, venerable patrono de nuestra Es-
cuela y que, complacido aprueba y sonríe, muchas gracias.

Concluida la intervención del Dr. Gutiérrez Zambrano, el
Rector invita al Dr. Sepúlveda Gutiérrez a hacer uso de
la palabra expresando el siguiente mensaje:

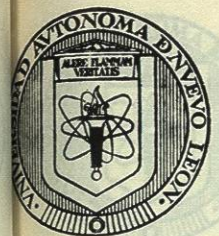
37403



cultad de Medicina, tengo en sus manos la facultad para
promover el otorgamiento del Doctorado en el campo y es
Señor Rector de la Universidad, Señores Consejeros Univer-
sitarios, Señor Director de la Facultad de Medicina, Seño-
res Miembros de la Mesa Presidencial, Señoras y señores:

Con profunda gratitud recibo hoy el grado de Doctor "Hono-
ris Causa" que me otorga la Universidad y que aprecio como
la más alta investidura a que puede aspirar un universita-
rio. A este sentimiento de gratitud se agrega la emoción
de que las insignias doctorales me sean concedidas en mi
tierra natal y por esta Casa, donde inicié mi formación
académica como alumno del venerable Colegio Civil, el cual
poco después había de ser una de las instituciones constitu-
yentes de la Universidad de Nuevo León. Y a estos senti-
mientos de profunda gratitud y emoción, viene a sumarse, de-
bo confesarlo, una sensación de orgullo, que proviene de
aquilatar debidamente la distinción que tan generosamente
se me confiere, no obstante considerar que mis merecimien-
tos no están en proporción con ése honor.

al cual se unieron las Escuelas de Medicina y de Jurispruden-
cia, formando así la estructura básica de la futura Universi-
dad, hace 123 años. El insigne doctor Gonzalitos fue
el impulsor creador de ese núcleo universitario. El Benemé-
rito Gonzalitos vivió y murió en casa de mis bisabuelos y fue
el Maestro de mi abuelo, el doctor Sepúlveda. En la intimi-



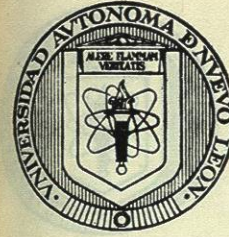
cultad de Medicina, tomó en sus manos la iniciativa para promover el otorgamiento del Doctorado en mi favor; y en este día, ha sido el portavoz de las autoridades universitarias para hacer una semblanza de mi persona y de mi actuación académica, juzgadas con gran benevolencia seguramente por razón de la amistad que nos ha unido largo tiempo. Por todo ello, quiero expresarle públicamente mi más cordial reconocimiento, junto a mi estimación por sus cualidades humanas y profesionales que lo distinguen como amigo, como médico y como maestro.

Y ahora, habiendo cumplido hasta donde alcanzan mis palabras los deberes de gratitud, considero que esta es ocasión propicia para rendir homenaje, tanto a la Universidad que me acoge nuevamente en su seno cuanto a su iniciador, el Benemérito José Eleuterio González.

Esta Casa, joven aún en cuanto a su integración como Universidad, tiene origen memorable y limpio abolengo cultural, que se remontan a la instalación del Colegio Civil, en 1859, al cual se unieron las Escuelas de Medicina y de Jurisprudencia, formando así la estructura básica de la futura Universidad, hace 123 años. El insigne José Eleuterio González fue el impulso creador de ese núcleo universitario. El Benemérito Gonzalitos vivió y murió en casa de mis bisabuelos y fue el Maestro de mi abuelo, el doctor Sepúlveda. En la intimi-

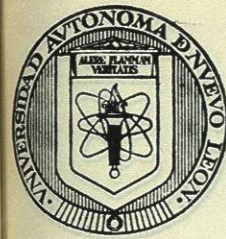


dad de ése hogar, que fuera el suyo durante 35 años, dejó la misma imagen que proyectó al exterior: la de un varón de vida austera, con virtudes ejemplares, desprovisto de vanidades y de intereses materiales, absorbido por el afán de aprender y de enseñar y por su entrega diligente y bondadosa al cuidado de los enfermos, particularmente de los pobres. La imagen de ésa figura excepcional, de hombre sabio y bueno, desprendido de si mismo para darse a los demás, se ha mantenido con respetuoso afecto en nuestra familia; y éste es un motivo más entre tantos otros, para dedicar un elogio pleno de admiración y de reconocimiento a su memoria. Pronto se cumplirá el centenario de su muerte; y estoy seguro que esta Casa habrá de celebrar dignamente el aniversario, honrando así a quien le dió vida y mantuvo su aliento en los primeros años tan difíciles de su existencia. Antes dije que esta Casa tiene origen memorable. Asombra en efecto que en aquellos aciagos días hubiera hombres que entregaran su esfuerzo a promover la educación superior, cuando parecía que en la atmósfera enrarecida de esa época nada semejante podría subsistir. Ciertamente, los tiempos eran adversos para toda obra de cultura. Apenas la década anterior, México había sufrido la desastrosa invasión norteamericana y Monterrey fué teatro de sangrienta batalla antes de ser ocupada por el enemigo; el



de la medicina. Por gestiones suyas, el Consejo de Salu-
pafís entero se encontraba asolado por las guerras civiles
y en Nuevo León grupos antagónicos se disputaban el poder
a mano armada; la ciudad era una pequeña población que no
excedía 18,000 habitantes; la situación económica era la-
mentablemente precaria y nadie hubiera previsto el poderío
industrial de Monterrey, cuando no había más fábrica que
la recién instalada de hilados y tejidos de la Fama. Y co-
mo si todo esto no fuera suficiente, otra calamidad se aba-
tió sobre la patria: la intervención francesa. Monterrey
fué ocupada nuevamente por los invasores y el Colegio Ci-
vil se destinó a cuartel. Por añadidura, Maximiliano expi-
dió el decreto en que ordenaba la supresión de los estudios
superiores en los Departamentos, como entonces se denomina-
ron los Estados. La naciente Casa de Estudios pudo sobrevi-
vir penosamente gracias al tesón de profesores y alumnos,
hasta que el general Escobedo, al recuperar la ciudad, res-
tableció los cursos y confirmó a don José Eleuterio Gonzá-
lez en la Dirección del Colegio, que de hecho había ejerci-
do mientras la institución anduvo diseminada y oculta.

Al mismo tiempo que promovía la creación de los planteles
de educación superior, el Benemérito Gonzalitos consagró
su talento y su vocación filantrópica a realizar otra obra
no menos importante: la fundación del Hospital Civil, des-
tinado a la atención de los menesterosos y a la enseñanza



de la medicina. Por gestiones suyas, el Consejo de Salubridad acordó en 1858 la erección del Hospital, y no obstante la penuria general, se inició la construcción en el sitio escogido por el propio Gonzalitos y por su amigo y benefactor, el Chantre don José Antonio de la Garza Cantú. En 1860 abrió sus puertas el establecimiento, que había de llamarse después Hospital González en tributo a su fundador.

A pesar de todas las adversidades, que parecían ahogar en su origen la naciente Casa de Estudios, el empeño de aquellos esforzados varones, logró imponerse; y a partir de la restauración de la República, esta Casa ha transcurrido sin pausas por el camino del progreso, al ritmo de la ciudad que la prohió desde su origen: ritmo paulatino durante largo tiempo, que se transformó en ritmo acelerado el último medio siglo. Y si asombra que haya tenido la fortaleza de resistir las calamidades durante los aciagos días de los primeros años, no es menor el asombro al observar el vigoroso desarrollo que ha tenido desde que conquistó por derecho propio, hace medio siglo, el rango de Universidad.

Sería vana la pretensión de enumerar siquiera los avances que en el orden material, intelectual y académico ha logrado la Universidad en éste medio siglo, avances por